

EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 2º

Periódico Semanal.

Nº 15.

Se admiten gratis los comunicados de conveniencia pública; se insertan avisos por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, ABRIL 20 DE 1876.

Se publicará semanalmente. El número suelto vale diez centavos. La suscripción por trimestre un peso adelantado.

FRANCISCO CHAVES CASTRO
Redactor Responsable.

EL COSTARICENSE.

Tenemos noticia que el Señor Don Anselmo H. Rivas, ha dirigido cartas particulares y se esfuerza personalmente, por arreglar la cuestión pendiente con el Gobierno de la vecina, de que nos hemos ocupado largamente.

Sabemos que no satisfacen las proposiciones del Señor Rivas, ni con mucho, los derechos que Costa-Rica se ha visto obligada á sostener haciendo tantos y tan costosos sacrificios; pero de todas maneras los trabajos del Señor Rivas, en pro de un avenimiento entre los dos Gobiernos, es bien satisfactorio para nosotros, que amamos sinceramente la paz y que quisiéramos, ver destruidas, las fronteras que con tanto abinco sostiene el Gabinete Nicaragüense, con perjuicio del progreso de los dos pueblos, que se han visto precisados á distraer tantos brazos que hacen falta á la agricultura é industria. El Señor Rivas, cuenta en esta República con muchas simpatías que se ha granjeado merced á su carácter personal y á sus honrosos antecedentes, por eso es que nos hemos alegrado mucho, cuando tuvimos noticia de que hacia esfuerzos por que se concluyera la actual situación, penetrado como debe estarlo de la justicia que nos asiste y de la sin razón con que el Gabinete Nicaragüense, promovió una discusión, sin buena fé y sin llevar en mira ningún fin patriótico.

Por eso las personas mas notables de la República de Nicaragua, toman empeño en arreglar las diferencias pendientes; y por esta misma razón el Gobierno de esta tiene en aquella, un gran círculo de las notabilidades mas respetables que reconociendo la justicia de nuestra causa la apoyan y procurarán en cualquier evento darnos lo que nos pertenece.

El ejército de observación, continúa en la Provincia del

Guanacaste perfectamente. Todavía no se ha derramado una sola gota de sangre y ojalá pudiéramos decir al fin de la jornada lo mismo que hoy. La vida de un hombre, es muy preciosa pero todavía lo es mas cuando ese hombre no es un particular sino un hermano.— Ejemplo bárbaro darían al mundo la lucha á muerte en que se lanzarán dos pueblos por la aberración de un pequeño círculo, que trata de sostener un pensamiento mesquino, en mala hora concebido. No, Nicaragua y Costa-Rica no darán ese ejemplo. La fé aun no nos ha abandonado. Creemos que la paz, será una consecuencia necesaria de que el Gobierno de Nicaragua reconozca sus errores; así lo esperamos.

CRONICA LOCAL.

Regreso.

Nuestro futuro Gobernante Licenciado Don Aniceto Esquivel, ha regresado de la Comarca de Puntarenas, á donde se trasladó unos pocos días, por motivos de salud.

Teatro.

El resto de la Compañía de Zarzuela, que tan agradables ratos nos proporcionó, se ha dirigido en la tarde del miércoles 18 del presente á Puntarenas, para tomar el próximo vapor. ¡Les deseamos un viaje próspero y feliz.

Club Cubano Costaricense.

Para las 8 de hoy está convocada la primer sesión, que según informes debe estar magnífica, por la mucha concurrencia que se espera.

SECCION CIENTIFICA.

Los efectos de la intemperancia en el pobre é ignorante.

POR CARLOS PIRANI,
Profesor de Inglés.

(Continuacion.)

En esta Ciudad cada niño nace al lado de una escuela. En esos establecimientos se dá una educación gratuita tal que habilita á los alumnos para entender sus conocimientos tanto cuanto gusten. Los libros son baratos, y existen en cada barrio muchas Iglesias para la instrucción pública, moral y reli-

giosa. Considerad esto y decid entonces si este es un país donde un simple ciudadano nativo debe ignorar la historia de su patria, el origen y las razones de la obligación moral, el deber de saber las relaciones para con su Creador y sus deberes para con sus semejantes ó si debe ser extraño á aquella en que debe tener el mayor interés para con su propia naturaleza espiritual, su poder de hacer bien y evitar los peligros y sus medios de felicidad y de pobreza.

Sin embargo, en medio de esa munificencia y prodigalidad del Cielo hay muchas necesidades y sufrimientos. Millares de personas que en la posesión de bienes están en un rango inferior á los inquilinos de casas pequeñas, aunque tienen una comida frugal, no pueden vestirse según las exigencias de las estaciones ó de la decencia, se ven en la imposibilidad de comprar libros instructivos ó periódicos, están en la penosa necesidad de privar á sus hijos de la escuela diaria por el precio de su trabajo y de la escuela dominical por la falta de traje y están en algunos ó en todos conceptos imposibilitados de acceder á sus deseos de inocente recreo ó laudable atarvío. Tales personas no están esparcidas aquí y allí con tan grandes espacios entre ellas que su rara suerte excite la admiración ó cause sorpresa. Mas ó menos todas están cerca y en medio de nosotros. Pero si la sociedad removiera las causas de empobrecimiento que ha mantenido hasta ahora con tanto empeño, el número de esta clase hubiera disminuido casi completamente y el resto no tendría medios de obtener un sustento confortable.

Yo admito que, comparado este país con cualquiera otro, estos casos son relativamente pocos; pero yo comparo nuestra situación con un modelo deseable y fácil de imitar. Si oyéramos á Cristo decir que siempre tendremos una clase pobre en la tierra, y creería que solo se referiría á unos pocos casos extraordinarios de pobreza, tales como los que se originan de la imbecilidad, de la deformidad ó mala constitución, de un accidente que quite las fuerzas ó de una causa análoga. Yo no supongo por los términos de la declaración ni por su contexto que exige para su cumplimiento el inmenso número de pobres de Irlanda ó los no menos numerosos moradores de las casas de beneficencia americanas. Casi todos estos son víctimas supernumerarias, pruebas de una falta en el trabajo de la máquina social, ofrecimientos gratuitos de la sociedad al pesar y á la vergüenza.

Si alguien en su sorpresa inquiriere que terribles agentes de destrucción, que ejército de fuertes enemigos ha sido igual á toda esta falange de la riqueza humana, ha vencido la benéfica energía de la naturaleza y contenido la corriente de premios del Cielo donde corría con mas fuerza y abundancia hacia la tierra, no debe buscar la poderosa causa en ninguna serie de medios producidos y arreglados por esfuerzos sobrenaturales é infernales. El procedimiento por el cual se estirpa este inmenso peligro es tan sencillo como

fatal y terrible cuando lo fomenta la sociedad y lo sanciona la ley.

Algunos de los mas saludables y nutritivos productos de la naturaleza, los elementos de una salud vigorosa y de una larga vida se convierten por la acción del fuego en un veneno, comparado con el cual la picada del áspid no es peligrosa. Es cierto que la fatal actividad del veneno se desenvuelve cuando se le extrae de la caldera del destilador y se le transporta por mar ó por tierra al lugar en que se ha de consumir, y ha de consumir no solo al consumidor, sino á todos los que le rodean, y es tan inofensivo como la pólvora cuando no le cae una chispa ó lo convierte todo en ruinas como el húmedo combustible de un minero cuando se pone en contacto con el fuego. Entonces apoderándose de las enfermedades, la vergüenza, la culpa y la muerte en una forma fuertemente concentrada, pero latente, espera con calma el momento oportuno en que infiltrado en el organismo humano producirá un incendio en la sangre y matará el alma.

Los males de la intemperancia se concentran de una manera peculiar en los pobres. La condición de esta clase de la sociedad sería muy diferente si los atributos del peligro que causa la destilación se mostraran iguales en todas ocasiones y en todas circunstancias; si los efectos de este maligno vicio fuera bien divididos y distribuidos entre todos los capitalistas, obreros, conductores y vendedores que están empleados en su fabricación y distribución hasta que se extinguieran por grados sus males.

Supongamos que en la mañana de la vida un fabricante de licores sufre repentinamente en su salud; que otro pierde el juicio y que un tercero se vé preso de terribles pasiones; supongamos que un importador de bebidas espirituosas fuertes ha perdido tres cuartos de un cargamento, y que otro vá á su país á contar las utilidades de un viaje próspero, ó á presenciar la decadencia de una esposa amante ó una hermosa hija moribunda por una secreta pena y un tercero abandonado por un hijo que en su niñez había prometido ser el orgullo y sosten de su vejez: supongamos que el vendedor de licores por menor cuando se retira á descansar por la noche viera la imagen y oyera el eco de las voces de mil miserables, cuyos "Negocios" durante el día han trazado el círculo de desolación, cuyo centro es él: supongamos, en fin, que las retribuciones de esta industria y tráfico fueran distribuidas igual y difusamente entre los que la explotan, entonces tendríamos mucha menos razón para compadecer y socorrer á los pobres, sobre cuyas cabezas gravita ahora tan gran parte del peso y furor de la tempestad.

(Continuand.)

SECCION LITERARIA.

¿Que es el pueblo? En la bella y conceptuosa composición que vá en seguida se define perfectamente lo que es el pueblo en el legítimo sentido de la palabra y lo que son las turbas que frecuentemente usurpan aquel nombre.

EL PUEBLO.

(IMITACION DE VICTOR HUGO.)

Adular á las turbas inconscientes
En sus odios satánicos,—jamás!
Las turbas, no son hombres, son serpientes
Que al que mas las abriga, muerden más!

El pueblo rudo y fuerte se levanta
A tanta altura que se acerca á Dios;
Las turbas van tan bajo, que su planta
Siempre las lleva de un abismo en pos.

¡Desgraciado de aquel, que en ellas fia!
Lo mismo que le sirven de escabel
Habrá de disputarse con porfia
Quien á su cuello le atará el cordel!

Las turbas, son aquellos que escupieron
En el rostro al divino Salvador:
Los que en Colon, infames, no creyeron...
Esclavos de su estúpido rencor....

Los que ultrajaron, ébrios de cinismo,
A Carlota Corday con mano audaz,
Sobre las gradas del cadalso mismo,
Hiriéndole, cobardes, en la faz!

Cuando Washington surge prepotente
Cual Júpiter touante en Mont Vernon,
Conquista con su espada un continente,
Y el yugo rompe de la altiva Albion;—

Cuando Bolívar férvido arrebató
El cetro á los tiranos en Junin,
Barrido, como inmensa catarata,
Laureles de Lepanto y San Quintin;—

Cuando Juarez soberbio se subleva
Contra cuatro colosos á la vez,
Y á tanta altura su heroísmo lleva
Que doma de los cuatro la altivez,

Cuando Céspedes, grita derodado
En los campos de Cuba, libertad!
Y la patria á su grito ha contestado
Con tanta, y tan sublime heroicidad;—

¿Quiénes son los que entonces justifican
La gloria de los héroes inmortal?
¿Son el pueblo, ó las turbas que trafican
Con cuanto encierra en el mundo de inmortal?

El pueblo rompe á trozos la Bastilla;
El pueblo, azota el rostro de Haynó;
El pueblo, dobla heróico la rodilla
Ante el deber; pero ante el crimen, ¡no!

El pueblo, el yugo de tiranos doma;
Con sus héroes, celebra el gran festín:
De Grecia, con Aristides; de Roma,
Con Bruto; de Venecia, con Manin!....

Mientras el pueblo rebramando truena
Con la voz sacrosanta de Moisés,
Las turbas, venden cara la cadena...
¡Que á la ignominia sujetó sus piés!

El pueblo es Garibaldi, es Agramonte,
Es Kosciusko, es Hidalgo, es Sanguil;
La humanidad entera es su horizonte;
Do quiera que hay dolor, ¡él está allí!

América!—levanta la cabeza
Más alto que las nubes... más allá!
Esa es Cuba! ¿La ves?—Con qué entereza
Lucha solo, el gran pueblo que allí está!

1873 R. M. DE MENDIVE.

MI corazón y yo.

Ya que he llorado perdida
Hasta mi última ilusión,
Vamos á leer, corazón,
En el libro de mi vida.
—Dime; qué ves en sus hojas?
—La historia de tu ternura.
—Y despues?

—Tu desventura.
—Y por final?

—Tus congojas.
De aquella época de gloria

Que eterna me parecía
¿Qué le queda al alma mía?

—Solo una amarga memoria.
—¿Qué es el amor?

—Desvario.
—La felicidad?

—Quimera!

—Ah! si dichosa yo fuera.....

—Serás siempre el hastío.

—Triste es, corazón, ¿verdad?

Perder hasta la esperanza.

—En la tierra nadie alcanza

Completa felicidad.

—Crecí en mis primeros años

Que era este mundo un vergel.

—Por eso apuras la miel

De tus tristes desengaños.

—Y he de vivir condenada

A llorar mi amargo duelo?

—Con la esperanza en el cielo

Serás ménos desgraciada.

—Nadie en el mundo ha vivido

Sin amar, sin ser amado.

—Mentiras! te has engañado:

No hay amor correspondido.

—El que amo.....

—No piensa en tí.

—Imposible.....

—Es la verdad.....

—Me juraba.....

—¡Falsedad!

—Desventurada de mí!

No me robes, corazón,

Hasta el consuelo postrero;

Ve que sin su amor no quiero

Ni la eterna salvacion.

—Son pueriles á mi ver,

Tus inocentes quimeras.

—No comprendo.

—Cuando mueras

Llegarás á comprender.

—¿Qué queda á la que ha perdido

Cuanto place en la existencia?

—Tras el dolor, la experiencia,

Y con el tiempo el olvido.

JOSEFINA.

La Mujer.

Mujer! la experiencia debió
predecirme que era imposible
verte sin amarte; debió ense-
ñarme, por cierto, que tus
promesas mas sagradas, no
son nada; pero al momento
que apareces con tus dulces
encantos lo olvido todo, y no
sé mas que adorarle.

(Lord Byron.)

Razon tenia el ilustre poeta inglés (1)
cuando escribió palabras tan verdaderas
como las anteriores.

La mujer es un sér incomprendible, so-
brenatural, mezcla de todo lo bello con to-
do lo grande: encuéntrense en ella virtu-
des que nos arrebatan: desde las virtudes
de una Santa Teresa de Jesus, hasta el valor
de una "Doncella de Orleans," de Juana
de Arco (2.)

Si no, ved hoy esa tierna y encantadora
niña, que nos arranca la mas viva simpá-
tia con sus infantiles gracias y con su con-
tinua charla: vedla jugar con sus compa-
ñeritas y que llora por un juguete. Mas tar-
de, la tierna niña se ha convertido en ele-
gante jóven: que atrae, que fascina con la
elegancia de su esbelto talle, con la brevedad
de sus piés, con la morvidez de su pre-
ciosa garganta, con el metal irresistible de
su voz, con sus negros y rasgados ojos ve-
lados por espesas y sedosas pestañas, que
el mirar electrizan, conmueven y hacen con
violencia palpar nuestros corazones: ved
sus purpurinos labios que al sonreír dejan
descubierta una dentadura formada de na-
caradas perlas mas blancas que el armiño
Ved, oíd, á esa deidad, y de seguro, si en
vuestro pecho existe un corazón esquisito,
si comprendéis, si sabéis apreciar lo bello,
de seguro quedareis hecho esclavo de esa

(1.) Autor del "Childs Herald Pilgrimage."

(2.) En ella, todo es esquisito, todo grande,
todo ternura, todo amor, sus faltas y sus
mas grandes y heróicas acciones, solo o-
bedecen al noble impulso de un corazón creado
para el amor. El corazón de la mujer es una
sonora lira cuyas argentinas cuerdas armonio-
samente vibran, al ser besadas dulcemente por
el marino céfiro de un amor inocente, puro y
apasionado, y modulan un canto irresistible
como el magnífico trino de la calandria y el
ruiseñor, y cuando conmovidas por el devastador
furor de las pasiones, entonces, tambien se
percibe á través del estridente y desencadena-
do bramamiento del huracan, un concierto, una me-
lodia, inmensa y magestuosa que admira al
contemplador de la naturaleza humana.

mirada, de ese sér en que parece puso Dios
el modelo de la belleza para luego recrear-
se en su obra (3.)

Ya la jóven ha cambiado de estado: ya
contrajo ese lazo que une para siempre dos
almas, confundíendolas en una sola: ya es
madre, védla ahora cuán solícita amainan-
ta al hijo de sus entrañas, al que acaricia y
por el que se desvela y afana: oídla como
habla al tierno infante como si pudiera en-
tender las palabras que llenas de amor le
dirige su amatísima madre: oíd como le
canta y ved como vela el sueño del fruto
de su amor.

Madres, nada hay que iguale vuestro
amor.

El amor de una madre, para con sus hi-
jos, jamás podrá ser pagado, ni recompen-
sado, por que en la tierra no existe con-
qué:

¿Qué le ignala á su amor? Nada.

Ni las mas formales promesas de los a-
manres, ni los placeres, galas y pompas con
que el fementido mundo nos convida á lan-
zarnos al torbellino de sus estúpidos goces.

La pureza que respira, la virtud de que
está sellada, la santidad que la rodea, nos
hace mirar á una madre como á un sér ce-
lestial, divino.

Por eso mis labios jamás se cansan de
benediceros, amorosas madres.

Las almas místicas, las almas nacidas
para amar y comprender toda la virtud que
encierra vuestro acendrado amor, elevan
en vuestro loor preces, que, cruzando el
éter incomensurable, las rejiones del infini-
to, se acercan al Sér Supremo, al que ben-
dicen por haber colocado en la tierra un
ánjel en cada madre.

Infeliz el que no tiene, el que no sabe lo
que valen las caricias de una madre; por
que no conoce los goces mas puros y cas-
tos, no ha saboreado las delicias del amor
materno, del amor sin interes, del amor
santo que parece un destello del mismo
Hacedor.

El que ha tenido una madre, el que ha
sabido apreciar sus virtudes y su amor; pe-
ro que hoy llora desconsolado su muerte; y
recuerda con dolor las dulces y serenas ho-
ras que rápidas volaron para no volver ja-
más, las horas de su niñez, en que mecido
en su regazo, gozaba de sus caricias y no
sentía las emponzoñadas saetas de la en-
vidia y la calumnia, ni le atormentaban é
inquietaban los anchurosos confines del
proceloso mar de esta vida en que entraba
lleno de inocencia, ni tampoco el oscuro
porvenir, sino que por el contrario, indife-
rente á todo: creía que árboles, plantas, pe-
ces, aves, arroyos, la naturaleza entera, to-
do, todo le sonreía, convidándole á gozar
de las delicias de una vida para él enterame-
mente nueva: podrá decir cuanta verdad
encierran mis palabras: os dirá que en este
mundo jamás podrá encontrar un sér igual
á aquel, que le haga gozar de dias de tanta
ventura como los de su infancia: os dirá
que nada podrá jamás borrar de su corazón
el recuerdo de aquella madre tan querida
y que perdió por desgracia.

Yo me considero feliz porque poseo ese
tesoro, por que tengo una madre llena de
ternura y de amor para mí: ella me hace
ménos penosa la vida, endulzando mi exis-
tencia y haciéndomela llevadera: por eso
una caricia suya no la trocaria por todas
las riquezas de la tierra. Yo no quiero á
nadie en el mundo tanto como á ella, y me
encuentro satisfecho con los inefables pla-
ceres que brinda á mi alma su cariño.—
¿Qué mas puedo apetecer?

Por eso yo considero á la mujer como
un sér digno de la universal admiracion,
porque la mujer es el mismo Dios revela-
do á los hombres; con toda su gracia, con

(3.) Qué no habeis vosotros los jóvenes y por
consequente amantes de lo bello, qué no habeis
por obtener una mirada agradecida ó una son-
risa en la que va envuelta un poema de felici-
dad y de amor; por obtenerla os sintieris con
fuerza para conquistar el mundo y ponerlo á
sus piés; para acometer las empresas mas difi-
ciles y arriesgadas, por la mujer ó por una mu-
jer os parecerá que el mundo es demasiado ma-
terialista para abrigar en su seno un sér tan va-
poroso y sublime como aquel y desearéis un ig-
norado rincón de un mundo espiritual, para o-
cultar aquel tesoro de las miradas profanas.

Pero esos sentimientos solo son nobles arran-
ques de un corazón juvenil y generoso ofuscado
por una pasión que si raya en divina, y sin em-
bargo está léjos de la razon. Es preciso volver á
la realidad de la vida y encontrar en ellas las
virtudes que encierra el corazón de la mujer. La
realidad para dicha nuestra nos conforta, con-
suela y anima, en medio de las agitadas con-
pulsiones de la vida. Bendita mil veces la rea-
lidad por que tanto se asemeja y acerca á la
ilusión.

toda su belleza. La mujer es la palabra
de consuelo que nos hace arrostrar las mi-
serias y sufrimientos de la vida: ella, ella
sola con su dulce y encantadora forma nos
ha hecho entrever la esperanza de un por-
venir de gloria y de ventura.

Por eso digo yo: Mujer! cómo no amar-
te? cómo no pensar en tí?

Si, por eso jamás podrá olvidarte

P. W. (HAMBERLAIN.)

Guantánamo 8 de Enero 1873.

REMITIDOS.

Señor Redactor de
"El Costaricense."

Suplico á U. de cabida en las colum-
nas de su estimable periódico á las po-
cas líneas que á continuacion consagro
á la memoria de la ilustre matrona
Doña Mariana Painter de Brealey.

Ninguna dificultad encuentra el que
quiere, aunque á grandes pinceladas,
hacer la biografía de la mujer virtuosa,
cuya vida consagrada al bien y á los
santos deberes de esposa y de madre,
no deja sino cristianos ejemplos que
imitar y sentimientos puros de cariño
y de gratitud que son las mejores guir-
naldas que pueden colocarse sobre la
tumba de la que fué tan buena y tan
querida. La pluma corre sin lucha,
sin contradiccion y sin tropiezo cuando
no se fuerza el pensamiento y la ver-
dad y la justicia la guian.

Parte de su infancia y toda su ju-
ventud la pasó en Costa-Rica la Seño-
ra de Brealey, á donde llegó de edad
de 4 á 5 años. Oriunda de Inglaterra
y hermosa, inteligente y buena, pronto
halló un esposo digno de ella. El Dr.
Don Ricardo Brealey, caballero inglés,
de noble y generoso corazón, franco, des-
interesado, caritativo y lleno de todas
las prendas y virtudes que constituyen
la verdadera nobleza, le tendió su ma-
no que ella aceptó con amor y con re-
conocimiento. Esas dos almas se en-
tendieron y vivieron felices durante el
espacio de 15 años, hasta que la muer-
te envidiosa de tanta dicha conyugal,
arrebató al esposo amado, víctima de
uno de aquellos accidentes que con fre-
cuencia acaecen sin que sea fácil evi-
tarlos. El Dr. Brealey murió habien-
do sufrido una fractura y estrujamien-
to de una pierna y parte de un muslo,
por las ruedas de una máquina de va-
por cuando se ocupaba en sus trabajos
de campo: murió á la edad de 60 años
el 18 de Febrero de 1874; pero tuvo
tiempo su esposa que se hallaba á bas-
tante distancia para asistirlo en sus úl-
timos momentos, escuchar sus últimas
disposiciones y consejos, y dar y reci-
bir el último beso de despedidas con
que dos almas unidas en este mundo
por el amor, se daban cita para la eter-
nidad.

La muerte del esposo dejó á la aman-
te esposa por únicos consuelos una me-
moria respetada y querida, y ocho hijos,
frutos queridos de su santo amor que
debían ser herederos de las virtudes de
sus padres.

Poco tiempo despues del infausto
acontecimiento, el dolor de esposa dió
treguas al deber de madre y la Señora
de Brealey regresó á su patria con el
fin de educar su numerosa familia. En
Inglaterra vivió durante 12 años, has-
ta el 4 de Marzo último en que falle-
ció á la temprana edad de 48 años.
El duelo del esposo habia torturado el
corazón de la que tanto lo habia amado
y Dios en su infinita misericordia per-
mitió que estas dos puras almas volvie-
sen á reunirse en el cielo.

La Señora de Brealey nunca olvidó
la tierra hospitalaria que la recojió ni-
ña y la acarició jóven; y mucho ménos
cuando ella encontró aquí el noble y
tierno compañero de su vida. Los Cos-
taricenses eran considerados como sus

compatriotas queridos, y ni uno solo dejó de hallar en ella una amiga leal, noble, sincera y generosa. Su muerte lleva el duelo á cuantos tuvieron la dicha de tratarla y con especialidad á los que la tuvieron de conocer el tesoro de bondad que encerraba su corazón de ángel.

O. Rica debe lamentarla y disputarla como una hija querida, y los Costaricenses, testigos del fraternal amor que no les escusó, consagrarle una lágrima y un recuerdo.

Adios noble y querida, desde la morada de paz y de bienaventuranza en que al lado de tu noble esposo, gozas de la felicidad que Dios concede á los justos, ruega por tus hijos y por cuantos en el mundo te amamos.

San José, Abril 19 de 1876.

B. M.

NECROLOGIA.

El viernes 14 del corriente, á eso de las cuatro de la tarde, falleció el joven Ricardo Ureña, después de una larga y penosa enfermedad, que no pudieron vencer ni la ciencia de los médicos, ni los cuidados de la familia.

Muy joven todavía, en la primavera de la vida; en esa edad en que el corazón está lleno de esperanzas; en que la felicidad se halla aun en las mismas ilusiones; en que empezamos á comprender que hemos nacido para algo mas que para vivir, como ha dicho un elegante escritor, porque es entonces cuando el alma descubre un vasto horizonte, que la imaginación y el sentimiento nos pinta con brillantes matices; y con todo eso, lo hemos visto abandonar esta pobre morada del hombre con toda la resignación del cristiano, que en los postreros momentos de la vida, recibe los dulces consuelos de la religión del Crucificado, y con la fría indiferencia que solo puede tenerse en esa época de la vida en que, como ha dicho alguno, nada se espera del día de mañana y solo nos deja recuerdos áridos el día ayer.

Los Señores Don Pio J. Viquez, Máximo Fernandez y Cleto Gonzalez en el acto de la inhumación, expresaron con muy sentidas palabras la impresión que experimentábamos en aquel momento. Ellos fueron un eco fiel de nuestros corazones, y, con este motivo, nos creemos excusados de agregar algunas palabras mas en memoria de nuestro amigo.

San José, Abril 15 de 1876.

Señores:

He ahí los restos de nuestro caro amigo; dor de bellos matices, que al desplegar sus delicados pétalos el viento abrasador tronchó inexorable. Venid, aproximados ó juventud; llegad con vuestro llanto, y vuestras lágrimas de dolor ardan la mejilla, y, en tributo á la amistad sincera, descendan sobre su ataúd.

Ricardo, Ricardo, Ricardo amigo nuestro! Ah, (fiero tormento) tú ya no miras nuestros semblantes mustios, tú no comprendes nuestro mortal afán.... Mas, ay, tu noble espíritu, tu blanco espíritu de serafín envíenos desde el Cielo una mirada, una mirada placida, y á sus suavísimos rayos la tempestad del corazón apláquese.

Pero no; déjanos así.... déjanos, ay, con nuestro agudo pesar; deja que el llanto anegue nuestros rostros; deja que el harpon del martirio mas horrendo

lancere nuestras almas.... ¿Pues no eres tú la joven y tan robusta palmera que, irguiéndose en los arenales de la vida, sombra espaciosa y ópimos frutos prometía al errante peregrino? No eres tú esa planta bendita bajo cuyas crespas y lacientes ojas la amistad franca y cariñoso tierno colocaban sus bancos, y se sentaban á contemplar como bajaban ya las avechillas del cielo á apagar su sed en la fuente que brotaba de su robusta copa? Sí, tu la eres, ya tronchada á la violencia de la sentella de los destinos!

Queremos llorar, gemir sin tregua, padecer á cada instante.... Surgid, oh lágrimas, surgid en borrasca fuerte; arrasad nuestros ojos, escalad nuestra mejilla, quemad nuestro samblante!

Ah, y que fuera de nosotros, buen Dios, si la suerte cruel que así ha conspirado en nuestro daño, arrebatándonos tan cariñoso amigo, no nos permitiera ni el consuelo de regar su tumba con los raudales del corazón....! y quien por otra parte, oh Ricardo, mas digno que tú de ser llorado sin cesar? Nadie, y por eso las flores blancas que inclinan las copas sobre tu última morada, antes caerán deshechas por el cierzo, que agostadas por los rayos del Sol.

¿Como ha muerto nuestro amigo....; cómo para siempre le perdimos ya....; cómo ya nunca volveremos á oír su placentero acento! Oh brisas plañideras, oh céfiros quejumbrosos del sauce y del ciprés; tañed vuestras harpas gemebundas, y á sus melancólicas notas entonad el canto fúnebre, mientras nosotros sentimos y lloramos.

¿Que nos queda del amigo, del afectuoso joven que hasta aquí, por nuestro mal, venimos á acompañar, pero que acompañaremos hasta ultratumba con nuestra memoria? Ay, nada nos queda ya, sino el precioso recuerdo de sus virtudes; y un sitio harto triste donde la amistad y el cariño vendrán á dejar las inundaciones del alma. Ah, me olvidaba....tambien nos queda un cuadro excelente, magnífico, inmejorable. Señores: tambien vosotros lo habias olvidado? No, no fuera posible.... su pobre familia, familia desgraciada, desgraciadísima á quien compadecer eternamente.

Amigo caro, adios; amigo carísimo, para siempre adios....; Oh, qué horrible despedida.... "para siempre adios!" Llorad, llorad Señores. Un modelo de la amistad es el que se ha roto; un apóstol de la virtud es el que ha sucumbido bajo la hoz de los implacables destinos; una antorcha que encendía la ciencia es la que se ha apagado; una esperanza de la patria es la que han arrebatado los torbellinos de la muerte; ¿creis, pues, que pueda haber lágrimas mas justificadas?

Pio José Viquez.

!!! Ricardo Ureña ha muerto !!!

Aun me atrevo á dudarlo. Pero ¡oh dolor! la presencia de su cadáver me demuestra que su alma ya no existe en la tierra. Dios lo ha dispuesto así.

La muerte siempre vigilante ha hecho desaparecer en un solo momento del seno de la juventud Josefina á ese amigo, á ese compañero, á ese ser á quien Dios dotó de un atractivo singular para grangearse las simpatías de todos cuantos le miraban y especialmente de los que en este instante contemplan con los ojos humedecidos el féretro que contiene sus restos mortales.

¿Pero esa ley ineludible de la muerte, no puede dejar de cumplirse!

Mi corazón, Señores, experimenta en esta hora un vacío inmenso é indescriptible, que solo puede llenarse por el grandioso sentimiento de la inmortalidad. Si, es indudable, es una verdad eterna é indestructible que hay en

el fondo de nuestro espíritu un secreto divino, una emoción inefable, un sentimiento perdurable que nos desprende de esta miserable tierra y levanta nuestros ojos hácia los cielos para encontrar allí identificadas con Dios esas almas que tanto dulcifican nuestra existencia en este mundo.

¿Ay amigo mio! desapareciste dejando una familia afligida é inconsolable que á todas horas vendrá á depositar sus lágrimas en esa tumba misteriosa que servirá de lecho á vuestros huesos hasta el día final.

¿Oh muerte! muerte implacable, muerte que no perdónas ni al anciano ni al joven, ni al rico ni al pobre, tu has entristecido hoy á estos corazones inclinados por el dolor y mudos con la elocuencia de vuestro silencio; tu has triunfado de las generaciones y puesto término á todas las edades de la vida, tu en estos momentos has abierto el seno de la eternidad á esa alma cuya cárcel tenebrosa ha quedado aquí para flotar en los elementos del mundo, tu, en fin, has gravado en nuestra alma el deber santo de consagrar por toda nuestra vida un recuerdo lúgubre al amigo cuyas cenizas van á ser encerradas en esas cuatro paredes.

Perdonad; oh queridísimo amigo! si mi débil y trémula voz interrumpe el sueño tranquilo y misterioso que ahora disfrutais en este asilo del dolor, en este recinto de la muerte, perdonad.... pero mi corazón no puede permanecer en silencio; mi corazón necesita desahogarse, necesita mitigar su dolor, dando salida al sentimiento tristísimo que le domina y le conmueve. Si amigo Ricardo, no puedo ménos de llorar al considerar que ayer nos acompañabas en nuestra misión, en nuestro destino, y hoy nos has abandonado para siempre, desprendiéndote de la tierra y volando á las regiones de lo infinito, á la mansión del descanso. ¿Oh mi queridísimo amigo! hoy que os encontrais en presencia de Jehovah; rogad por todos los que inconsolables lloran vuestra muerte; rogad por los que siempre recordarán vuestras simpatías; rogad por estos tristes que aquí quedan cumpliendo su destino; y últimamente rogad por el que en estos momentos os dá el último adios y forma de su corazón una tumba en que depositará siempre vuestros recuerdos del mismo modo que la tierra encerrará ahora vuestros huesos.

San José, Abril 15 de 1876.

MÁXIMO FERNANDEZ.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR EN EL ACTO DE INHUMAR EL CADÁVER DEL JOVEN R. UREÑA.

Señores:

Un acontecimiento harto desagradable para nosotros ha hecho que de común acuerdo dirijamos nuestros pasos hácia este sagrado recinto: venimos á depositar en él los restos de uno de nuestros amigos.

Si, la muerte, con su terrible guadaña ha arrebatado á las personas que lo amaban, al joven Don Ricardo Ureña.

Grande es nuestra pérdida, Señores, y grande tambien es nuestro dolor. Su vida fué de pocos momentos pero no por eso deja ménos recuerdos.

Somejante al huracan que dura cortos instantes y que lleva en su seno cuanto se le presenta, así el joven Ureña ha desaparecido habiendo conquistado ántes con su dulce carácter los corazones de todos los que le tratamos.

Sin embargo, este acontecimiento que para nosotros es una desgracia, una inmensa pérdida, para él ha sido una felicidad.

Si Ricardo: tú que me escuchas desde el cielo, has perdido un pervenir halagüeño, semejante á la flor que ántes

de abrir sus pétalos es arrebatada por el viento inteligente y aplicado como era, podias llegar á ocupar un puesto en la República de las letras: tus bellas cualidades nos dan derecho á pensar que serias una de las columnas del Estado, una de las glorias de la patria, y al mismo tiempo harias la felicidad de tu familia que en tí cifraba sus mas risueñas esperanzas. Pero no hay comparación, nada significaría todo eso al lado de lo que habrias tenido que sufrir en este mundo de decepciones y de engaños. No te pese, pues, el cambio de condición: las glorias de esta tierra se adquieren á costa de inmensos sacrificios y bien poca cosa valen comparados con la de que estás gozando en estos momentos. Tu vida fué muy corta, pero como dice Larra, del Conde de campo Alange, ni una mancha en ella: tu nombre, pues, permanecerá grabado en nuestros corazones y será tomado como un objeto de veneración y de amor. La separación de tus amigos no será larga; pronto nos reuniremos de nuevo: ruega á Dios mientras tanto por los que con tu muerte has dejado sumidos en el dolor.

Señores: hemos perdido un amigo, mejor dicho, se ha separado de nosotros nada importa que él no pueda hablarnos ni vernos materialmente; los vínculos de la amistad no concluyen nunca.

Recordad, Señores, que Ricardo deja una familia que le era muy querida y que tanto ó mas derecho tiene que nosotros para llorar su muerte; y si para cualquiera es un motivo de simpatía ver que otro quiere á una persona que le es amada, para Ricardo será un consuelo el saber que sus amigos aprecian á su familia, que por otra parte digna es de las mayores consideraciones.

Ricardo ha volado á la mansión de los justos, nosotros permanecemos en este mundo miserable: nosotros somos los que hemos perdido.

Motivo hay, pues, para derramar una lágrima por su memoria, depositar un ramo de fúnebre ciprés sobre su tumba y elevar una plegaria al cielo por la felicidad de su alma.

He dicho,

CLETO GONZALEZ V.

San José, C. R., Abril 15 de 1876.

VARIEDADES.

COSAS DEL DIA.

por JOSE SELGAS.

El número.

La aritmética, esa ciencia positiva que todo lo reduce á números, es entre las ciencias la que ejerce mayor influencia en el curso bastante agitado de la edad moderna.

Cuando se inventó el número, preciso es confesar que se inventó una gran cosa, porque dentro de él se hallaba oculto el secreto de todas las soluciones.

Es decir, que en la razon numérica, segun las últimas indagaciones, está necesariamente la razon suprema.

Cualquiera que sea nuestra admiración, nos es preciso reconocer que existia oculta en las profundidades del guarismo una solución universal, que nosotros, permitásenos esta satisfacción legítima, hemos encontrado.

Al proclamar la soberanía de la razon humana, hemos proclamado para y simplemente la soberanía absoluta del número.

Los números se dibujaban misteriosamente á la vista de los hombres como jeroglíficos á medio descifrar, y la cantidad saltaba impaciente á los ojos de todos, y nadie la veia en toda la estension de sus aplicaciones.

En honor de la verdad, la guerra, mas atrevida, mas resuelta que la política, vio ántes que esta el valor irresistible del número, y los conquistadores convencieron al mundo de su derecho por los incontestables argumentos de los ejércitos.

Ciertamente; pero en realidad el descubrimiento poderoso de los ejércitos no fué en instancia mas que el hallazgo feliz del diamante en bruto, porque todavía el número mayor solía ser vencido por números menores.

Aún no había llegado el momento en que la emancipación completa de la cantidad impulsara su imperio definitivo á los hombres; y entonces todavía el talento militar, la sabiduría estratégica, el genio de la guerra, y aun la loca fortuna, conservaban el poder de decidir muchas veces, ya en favor de unos ó de otros, los sangrientos litigios de los pueblos.

La victoria, sin saber á qué carta quedarse, fluctuaba entre el número y el talento, entre la cantidad y el genio, entre el valor y la suma, y el triunfo, huyendo muchas veces de la superioridad del número, era alcanzado por la inferioridad de la fuerza.

A la sombra de estas vacilaciones de la victoria, la suma brutal de las fuerzas materiales se veía con frecuencia vencida por el heroísmo ó por la astucia. La pericia militar se sobreponía al número, y llegaba á ser hasta una ciencia el terrible arte de la guerra.

Era una lucha empeñada entre la inteligencia y el número, entre el genio y la fuerza: de una parte los formidables ejércitos de Jerjes, de otra Temistocles; es decir, por un lado el ímpetu de muchos hombres reunidos, por otro el genio de uno sólo. El éxito, ménos instruido en el valor trascendental del número, desconociendo aún el poder moral oculto en las tenebrosas entrañas del guarismo, se dejaba llevar con frecuencia por las concepciones atrevidas del talento, concedía la victoria alternativamente á la fuerza y á la inteligencia.

Entonces resonaba por el mundo el nombre de los grandes capitanes, porque la fuerza bruta no era todavía la expresión completa, la fórmula definitiva de la razón humana.

Faltábale, pues, al número alguna cualidad, algún requisito, que era preciso darle ó descubrirle para llegar al caso práctico en que, de un modo ó de otro, la razón numérica no se viera nunca ni subyugada ni vencida.

Tan portentoso descubrimiento estaba reservado á lo que hemos convenido en llamar política, y á la civilización moderna corresponde la gloria de este triunfo de la razón soberana.

Ella es, en verdad, la que ha dicho con satisfacción suficiencia: "Diez son mas que cinco, veinte mas que diez, ciento mas que cincuenta."

En esta fórmula aritmética hallamos la solución continua de todas las cuestiones que pueda suscitar la inquietud incansable del espíritu humano.

No deja de ser curioso que en una época tan esencialmente habladora, ó como si dijéramos, parlamentaria, sea la palabra lo que todo lo revuelva y el número quien todo lo decida.

Hay algo de caprichoso ó de fatal en el extraño caso en que, después de haber conquistado el libre imperio de la palabra, la hallamos condenada á ser esclava del número.

Al apropiarnos la facultad de examinarlo todo, parece como que se nos ha impuesto el castigo de que no acertamos á resolver nada.

Es cierto que hemos emancipado nuestro pensamiento del yugo de toda autoridad. Muy bien; pero es el caso que á la vez hemos sometido la independencia de nuestra razón al siego arbitraje de las cantidades.

Podría presumirse que, incapacitada la razón, libre de sujetarse á verdad alguna, desesperada de su propia impotencia, apela á las decisiones de los números para encontrar algo á que atenerse.

Es decir, que la verdad que buscamos, no pudiendo encontrarla en las luminosas regiones de nuestra razón soberana, acudimos á sacarla de las oscuras profundidades de una urna por medio del ingenioso mecanismo de las votaciones.

Singular oráculo es el que nos ha traído el triunfante paganismo de la razón. No hay sabiduría, no hay virtud, no hay autoridad, no hay ciencia á la que concedamos el privilegio de la infalibilidad. Pero ¡ah! cualquiera mayoría es infalible.

Hasta hace poco se había creído que los sabios, los justos, los hombres superiores, eran los mejores. Error..... error imperdonable, porque he aquí que al romper las bárbaras cadenas de las antiguas tiranías, los más somos infalibles.

¡Mayoría! Y bien, ¿qué es mayoría? En todo rigor numérico empieza á ser en la mitad mas uno; donde quiera que haya uno más, allí hay mayoría.

Ó de otra manera:

La suma de muchas ignorancias, el conjunto mayor de las mas pequeñas pasiones, la gran cantidad de todas las vanidades, reanion mas ó ménos monstruosa de preocupaciones y de intereses. Toda esa multitud que veis invadir las antecámaras de los poderosos, la que veis formar la comitiva de todos los éxitos, la que se esconde en los días de peligro, la que da la cicuta á Sócrates, la que destierra á Aristides, la que crucifica á Cristo.

Ella es la que llena el circo romano, la que presta su voz en las grandes agitaciones para gritar "¡muera!" la que une su voz á los partidarios que triunfan para decir "¡viva!"

Especie de girasol, que, dando vueltas sobre sí misma, vuelve majestuosamente la espalda al sol que se pone para presentar la faz risueña al sol que sale.

Está en todas partes; su fisonomía morible tiene siempre á la mano la expresión del momento. Si el tirano decreta la alegría, se alegra; si ordena la tristeza, llora; si pide entusiasmo, aplaude; si impone silencio, enmudece.

La mayoría es, en fin, la razón suprema, definitiva é irresponsable, porque el número se ha levantado inexorablemente sobre las pretensiones de la sabiduría, sobre las austeridades de la virtud, sobre los rigores de la autoridad y sobre las tiranías de la ciencia.

Decir mayoría es decir vulgo, y vulgo es esa colección interminable de ceros que se coloca victoriosamente á la derecha de toda unidad triunfante.

La justicia, la moral, la verdad, y hasta la naturaleza, han caído bajo el nivel augusto del sufragio universal, y sea como quiera ese es el fundamento sobre el que fluctúa el pasmoso edificio de la sociedad moderna.

El número, pues, saliendo de la humilde condición en que vivía, se ha erigido en árbitro, en juez, en legislador supremo de los hombres. Esto es, lo hemos elevado á su última potencia.

Ya el dinero, calculador de suyo, había previsto la posibilidad de este reinado aritmético, y anticipándose á la exaltación universal de las cantidades, aunque no fuera mas que por ganar tiempo, se vistió, digámoslo así, la librea de la futura majestad, llamándose *numerario*.

Y conveganamos en ello: era preciso regularizar, someter á una pauta rigurosa las veleidades de la razón libre; era necesario dar al impaciente desasosiego del pensamiento humano una regla á la vez permanente y variable; vaciar, por decirlo así, la inteligencia en un molde, que, siendo siempre el mismo, fuera en cada ocasión distinto; una ley fija y al mismo tiempo morible.

La ley estaba hecha, y no podía ser otra que la ley del número, inflexible sí, pero inconstante.

Realmente la gran apoteosis del número sólo podía hacerse en un siglo positivo.

¿Acaso es otro el secreto de la naturaleza? La uniforme actividad del universo no es, en suma, mas que cuestión de cantidades. La acción de las atracciones, hé ahí el imperio de las grandes masas.

Y bien. ¿Esta ley de la materia no debía lógicamente ser la ley del género humano en un siglo materialista?...

De la misma manera el número, rompiendo los límites de la vida pública, ha invadido los apartados recintos de la vida privada, penetrando hasta en el último rincón de la casa.

Cada uno lleva siempre presente en su pensamiento un número, que viene á ser la cifra de los temores que le asaltan, de los recuerdos que le alegran ó le entristecen, de las esperanzas que le animan.

La vida misma no es mas que la doble operación aritmética de sumar y restar: empezamos reuniendo en una cantidad el valor de los innumerables deseos que van brotando en el curso de nuestros primeros años. Después, debajo de esa suma se va formando uno á uno la inexorable cifra de los desengaños, y entonces empieza la terrible resta.

Marta es una preciosa niña que va á cumplir doce abriles, y es tan inocente que daría seis por tener quince.

Margarita es una hermosa mujer que ha cumplido ya treinta octubres, y es tan gene-

rosa que los daría todos por no pasar de veinte.

Nos parecen innumerables las arenas del mar y las estrellas del cielo; pues bien, todavía es mas insondable el guarismo de lo pasado y el número de lo futuro.

Lo porvenir....; qué cantidad de esperanzas....!

Lo pasado....; qué suma de desengaños...!

¿No es esta la cuestión de la vida?... Hay números alegres: aquellos, por ejemplo, que ántes del sorteo campean el billete de la lotería que hemos adquirido.

En él se encierra una fortuna nunca probable, pero siempre posible: es una esperanza.

Después del sorteo ese mismo número es muy triste si no ha tenido bastante virtud para ser premiado.

En la historia del amor todas son fechas, es decir, todo en él son números: el tres, el nueve, el quince, el veinticinco, el treinta; esto es, aquel día, el día siguiente, el otro día.... en una palabra, todos los días.

Todavía hay quien tiene en su corazón un lugar reservado para los tiernos afectos....

¿De qué se trata? ¿De una mujer....? Vivía en una ciudad ó en otra, en esta calle ó en aquella.... número dos, siete, doce.... Ha muerto....; Es lo mismo, porque también en el cementerio su nicho está numerado. Su número es el ciento, el quinientos, el mil.

Número es esa cantidad mayor ó menor que se lleva de continuo en la memoria, y se estampa en ella como en un libro de caja, la cantidad que se debe, la cantidad que se tiene, la cantidad que se espera....

Y en medio de esa diversidad de cantidades, que saltan á nuestros ojos dando forma y esencia á todas las cosas y que simultáneamente se disputan el dominio de nuestra razón y de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos y de nuestros deseos, la unidad escondida en el fondo de esas colecciones aritméticas, absorbe como las estatuas de los dioses olímpicos, en su propia contemplación, ejerce mas que nunca en el corazón del hombre la influencia de su imperio.

El número uno es en realidad el gran número: es la expresión de la individualidad egoísta; es el centro de esa atracción exclusiva con que pretendemos apropiarnos todos los beneficios de la vida, como si cada uno de nosotros fuera el sólo usufructuario de la tierra.

Es el yo, el yo imperioso, el yo soberbio, el yo satánico!

El número uno es el gran número, del cual quisieramos todos hacer el número único.

MIL OCHOCIENTOS AÑOS DESPUES DE LA MUERTE.

Entre los más interesantes objetos encontrados recientemente en las ruinas de Pompeya, son de mencionarse dos esqueletos, el de un hombre algo entrado en años, y el de una mujer. Fueron descubiertos en la vía Stabia, en medio de las cenizas de la última erupción, que evidentemente los alcanzaron en su fuga y los cubrieron del todo. Conforme al método empleado para conservar la apariencia exterior de los objetos, se vertió yeso líquido en el hueco, el cual, haciendo las veces de molde, produjo un *fac-símile* de las formas, y así perfectamente copiados los cuerpos, á guisa de estatuas, se guardaron dentro de cristales en el museo de Pompeya.

A tiempo que se tiene en cuenta el horror de semejante muerte y de los sufrimientos que debieron experimentar, según lo demuestra la posición de las manos y piernas, no puede uno ménos de imaginar cual habría sido la admiración de ese hombre y de esa mujer si un profeta les hubiera anunciado que 1800 años después de su muerte, sus formas y parte de sus vestidos, que hubiese respetado la erupción, serían colocados en un museo para ser contemplados por muchedumbre de gentes curiosas, algunas de tierras distantes, en cuya existencia ellos ni siquiera habían soñado. La pobre mujer yacía boca abajo, viéndose distintamente las caderas algo levantadas. Con un brazo se protege la frente y se apoya con el otro en el suelo. Sus formas petrificadas, están bien defini-

das y aun se advierten huellas del traje formando pliegues en torno de su cuerpo. El hombre, aunque se ve hoy de frente, se le encontró yacente de costado. Uno de sus brazos descansa en la cadera, el otro lo tiene levantado. La agonía ó el calor intenso le hizo torcer un tanto el semblante, pero la cara es maciza y bien afeitada. Véase claramente la forma de la atadura de las sandalias sobre el tobillo, y del largo boton más arriba, al cual se adherían los extremos del cordón. Tiene algo encogidas las piernas. También se ha encontrado recientemente, y se ha trasladado al museo pompeyano, el esqueleto de un perro de tamaño mediano, cuyas formas completas han podido conservarse en yeso, del mismo modo que las de las dos personas ántes mencionadas. Yace de espaldas, torciéndose del dolor y hasta mordiéndose uno de los pies, como si se le hubiese quemado. Son visibles claramente los anillos del pescuezo.

Jugar aprendiendo.—*El Científico Americano* da un excelente consejo á los padres que no saben qué género de diversiones proporcionar á sus hijos, y es el siguiente: darles un torno, un juego de herramientas de carpintero ó de herrero, ú otros materiales de un oficio; de donde resulta que se inclina el espíritu de los niños del lado de lo sólido y útil, se ejercita su pensamiento, se vigoriza su individualidad haciéndoles pronto ver y sentir que ya son jente que produce algo, se les hace aprender muchas leyes naturales, no en teoría sino por experimento, se les habitúa á buscar un resultado práctico en las investigaciones, y apartándolos de frivolidades, tonterías, vulgaridades, vicios y entretenimientos peligrosos, se les proporciona uno divertido, higiénico y utilísimo. No sólo á los grandes es dado el placer de la obra hecha; los muchachos gozan también de esta función creadora, y como muchas veces les llegarán malos días en que una profesion de otro género no les producirá nada, se les asegura con esto un medio fácil de proveer en ellos sus necesidades. Franklin fué el primero en dar este consejo, pero no lo habíamos visto considerado bajo el punto de vista de *juego para los muchachos*.

Galimatías.—Leyendo en días pasados un leguleyo una sentencia, que sin duda como modelo en su género, había hecho imprimir el juez su autor ó algun admirador suyo, uno de los oyentes murmuraba por lo bajo de cuando en cuando la palabra galimatías. Impacientado el lector por aquellas interrupciones, preguntó al que las dirijía qué significaba eso de galimatías. El interpelado, que la palabra de latino, como que en un tiempo había sido monaguillo, contestó socarronamente:

—Pues señores, *in illo tempore*, es decir, en aquellos tiempos, en que se tenía el buen gusto de litigar en latin, un abogado bastante difuso que estaba alegando en favor del gallo de un tal Matias, repitió tantas veces las palabras *gallus Mathioe* (esto es, el gallo de Matias) que acabó por embrollarse y por decir *galimatías*. De aquí el origen de la palabra *galimatías*, que sirve hoy para designar un discurso embrollado, por ejemplo, lo que usted está leyendo y que de seguro no podrá explicar ni usted ni el mismo juez que lo escribió ó firmó, ni nadie.

Suegro y Yerno.

—Ya me ha hablado mi hija, caballero.

—Y por ella sabrá usted que nos amamos con delirio; suspirando por el feliz instante en que...

—Lo sé todo, repito.

—Y bien, caballero.

—Usted no me gusta para yerno, francamente.

—Usted me gusta ménos para suegro, y trago la píldora. Haga usted lo mismo; y en paz.

Imprenta Nacional.—Calle de la Merced.